

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV

San José, Costa Rica

1949

Jueves 10 de Noviembre

No. 22

Año XXX — No. 1097

Grandeza moral del verso de ALMAFUERTE

(En el *Rep. Amer.* Es un capítulo de *Pasión y Poesía*. Ensayos.
Editorial Claridad, Buenos Aires).

Almafuerte debió desempeñarse en una época adversa. "En el Asia Menor o en Alejandría, dice un escritor argentino, hubiera sido un gnóstico, un tejedor de dioses subalternos y de letras numéricas; en plena barbarie, un Antonio Conselheiro, un Mahoma; en plena civilización, un Butler o un Nietzsche. Pero el destino le deparó los suburbios de la provincia de Buenos Aires; lo redujo a los años 1854 al 1917; lo rodeó la tierra de polvo, de callejones, de ranchos de madera, de comités políticos, de compadritos ni siquiera iletrados. Su labor fué contradictoria, parcial. Honradamente creyó que la felicidad no es deseable. Su pensamiento acecha en los rincones de su obra" en un estado de ansiedad, de anhelación, de tristeza infinita, producto de tal ambiente que le roe y corroe, al extremo de obligarle a confesar que "la felicidad humana no ha entrado en los designios de Dios", de modo que "no pidas más que la justicia, pero mejor es que no pidas nada".

"Los hirsutos cabellos desbordantes por su busto de mármol se derraman como velo de angustias o sombrías melenas de león. Sinistra, pálida, desencajado el rostro. La derrota no tiene la pupila más opaca, ni la faz de Jesús, al beso infame, se contrajo más rígida. Adelanta con medroso ademán... ¡Oh, la ignominia nadie con paso triunfador arrastra! ¡La voraz invasión de lo pequeño, no hiere como el rayo, pero amansa! ¡Cuando el alma

inmortal cae de rodillas, la belleza mortal cae deshojada! ¡La mano de lo torpe cuando azota nos hunde su torpeza en las entrañas! ¡La caída más honda es la caída que nos echa a rodar entre las mallas de lo ruín, de lo innooble, de lo fofo, que flotan en el mar como resaca, como fétido gas en el vacío, cual chusma vil sobre la especie humana!"

Tales las primeras estrofas de "La Sombra de la Patria", poema inmortal, donde el poeta se estremece al escuchar los gemidos del pueblo que por su cerebro cruza cargado de grillos, en tanto en medio de la tiniebla canta en estas milongas sus desgracias. A través de las cumbres y las pampas, de las nubes, del viento y las estrellas, ve lo yerto del corazón de la sociedad y escucha en medio de este silencio el sollozo universal, lo mismo que una "mole de los mundos gravitando, a la vez, sobre una espalda, con todo el dolor de lo creado en un solo organismo se agolpara, como todas las dudas de los hombres en una sola mente refugiadas, como todos los siglos de los siglos en un solo segundo haciendo pausa, como todos los astros de los cielos en una sola vergüenza iluminaran! Yo la siento cruzar ante mis ojos y es un cadáver sideral que pasa", dejando tras sí un fulgor de angustia y de sombras semeando apocalípticos fantasmas, llorando y gimiendo cual maldición sobre los blandos hombros de la especie humana.

Pero llegando a tal situación, frente a

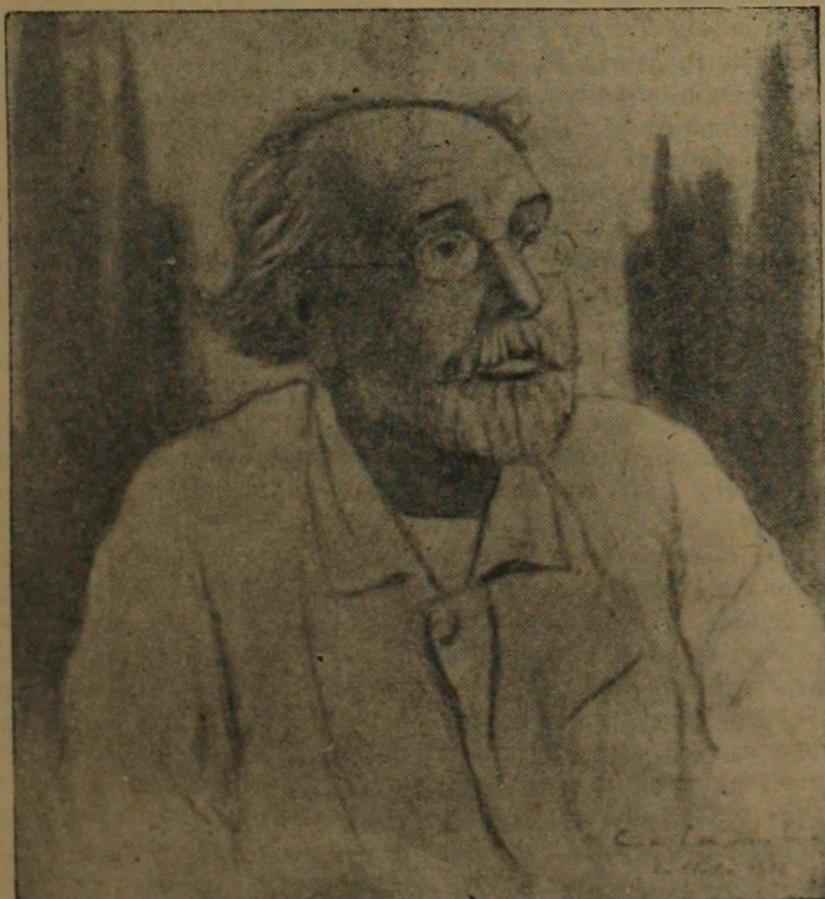
este panorama desolador, yérguese altivo y estalla: "¿Quién proclama el imperio de los justos? ¿Quién afirma que a Dios todo le cuadre? ¡Si Dios no puede herir, sin ser mal padre, ni siquiera la rama de un arbusto! ¿Qué ciencia miserable es esa ciencia que nada sabe más que el primer día? ¿Qué remedio con ser una insanía donde antes vió pasión y no demencia? Bajé al abismo con el alma llena de una perpetua luz que no se agota: soy miserable, soy ruina, soy derrota... ¡Pero por ley fatal, soy azucena!"

Almafuerte ha sido un polemista del verso igual que Stechetti, a quien tanto se parece en algunos momentos. De Tolstoi heredó el desdén por la literatura cuando por tal palabra entendemos arte por arte. Cualquier refinamiento en el decir, tal vez equivocado, pero auténtico al fin, parecíale tiempo robado a la misión de curar almas, como entiende ha de ser el poeta. Y si Almafuerte no destruyó sus obras cual lo hiciera el apóstol de Yasnaya Poliana, fué, sin duda, porque le parecían eficaces para el combate. De ahí que haya dicho: "Son las almas de combate manos puercas y callosas, no las finas y ólorosas y expresivas del abate".

La obra de Almafuerte perdura precisamente por su carácter cívico. Porque es un producto popular, el dolor del pueblo traducido en versos, y el verso se expresa en pensamiento. Las admoniciones que emergen de su obra son precisamente el zumo sentimental de América que Díaz Mirón y Rubén Darío cantaron en otras estrofas y en otros estilos; pero que finalmente son enseñanzas ejemplares de una altivez de espíritu que trasunta y que debemos preservar cual un retablo laico de estas democracias mestizas que han de encontrarse en un abrazo cordial y, con las manos entrelazadas, presidir nuestras luchas por un futuro de libertad.

He aquí el pensamiento de uno de los más auténticos valores de la poesía americana, a quien el tiempo va haciendo merecida justicia, por su carácter insobornable, por su fe y su civismo, al exclamar: "No te des por vencido, ni aun vencido; no te sientas esclavo, ni aun esclavo. Trémulo de pavor, piénsate bravo y arremete feroz, ya mal herido. Ten tesón del clavo enmohecido que ya viejo y ruín vuelve a ser clavo; no la cobarde intrepidez del pavo que amaina su plumaje al primer ruido. Procede como Dios, que nunca llora; o como Lucifer, que nunca reza, o como el robledal, cuya grandeza necesita del agua y no la implora... ¡Que muerda y vocifere vengadora ya rodando en el polvo tu cabeza!"

Almafuerte, dentro de su bondad colérica, que a ratos estalla incontenible y tempestuosa, adquiere la grandiosidad de los profetas del mundo. Sus arrebatos de desesperación, sus odios temerarios que parecen sacudir los muros de todos los templos frente al inmenso dolor de los pobres del cuerpo y del alma que no han podido amar y a quienes el poeta les da el derecho a ser malos, se aplacan con ternura sin igual en la sorprendente sentencia que,



Almafuerte
(Pedro B. Palacios)